

por estos propagandistas hubo de ser accesible a estas mismas masas. Esto introdujo un cambio en el ideal lingüístico aun entre los sectores más cultos de la sociedad (pág. 41). Los padres de la iglesia se pusieron a escribir la lengua que hablaban. Otro efecto de la exaltación espiritual fué un cambio en el acento de intensidad dentro de la frase y en la palabra misma, factor que, combinándose con otros de orden social y político, explica la revolución lingüística románica que puede estudiarse en los textos merovingios. Estos ya no son textos escritos en bajo latín, sino los visibles testimonios de la transformación de la sociedad de entonces. Esta prueba lingüística proporciona el "eslabón perdido" en el proceso de la creación de la mentalidad social y de la civilización europea futura, "cuya grandeza y amplitud superará, y con mucho, a la civilización grecolatina" (pág. 296).

Después de trazar los elementos morfológicos y sintácticos que lentamente se organizaron en la nueva gramática pre-románica —la forma primitiva de la gramática del antiguo francés—, el autor aborda su estudio del vocabulario de la época merovingia. Este capítulo es uno de los más interesantes y menos discutibles del libro. Es de la mejor semántica. Para Muller, como para C. H. Cooley, una palabra "es un vehículo, un barco que flota aguas abajo desde el pasado, cargado con los pensamientos de hombres que nunca hemos visto; y al llegar a comprenderla penetramos no sólo en el espíritu de nuestros contemporáneos sino también en la mente general de la humanidad, continua a través de los siglos"³.

Entre las palabras que trata, citemos algunas de especial interés para los hispanistas: *uvas: racemos* (pág. 236); *tugurium: cavanna* (esp. *cabaña*, pág. 244); *toaclum* (esp. *toalla*, pág. 245); *curtinis* ('cortina', pág. 245); *fladone* (fr. *flan*, pág. 246); *camisia* (encontrada en San Jerónimo, pero que Amalario caracteriza así: "Solent militantes habere lineas quas camisas vocant", pág. 249); "Discalcus, in camisa" (Lex Salica 58, 1^e V, pág. 251); *cuminitiare* (pág. 251); *balando* (esp. *bailar*, pág. 253); *habeo annos pene cento* (pág. 256); *precaria* (fr. *prière*, pág. 268); *seniores laici* (pág. 270).

El libro del profesor Muller será leído con interés por todos los estudiosos de filología románica. Y aun los que no acepten sus tesis se sentirán incitados a hacer otras investigaciones sobre los orígenes de las lenguas románicas: un campo fascinante.

LOUIS FURMAN SAS

College of the City of New York.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Historia de la cultura en la América hispánica*. Colección Tierra Firme, núm. 28, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, 240 págs., ilustr.

Esta *Historia de la cultura en la América hispánica* —que su autor, con el afán de rigor que le distinguió, insistía en llamar "breve"— es la primera obra comprensiva y justa sobre tan capital aspecto del desarrollo de nuestros pueblos. Porque aunque puedan señalarse otros trabajos semejantes —véanse por ejemplo los mencionados en primer lugar en la Bibliografía de esta obra—, ninguno puede en rigor considerarse "historia cultural", sino aportaciones parciales, muchas de ellas excelentes, para esa empresa mayor que tocaría consumir, aunque sumariamente, al maestro dominicano.

Las limitaciones de la extensión a que debió reducirse esta *Historia* y la amplitud y anarquía de los materiales que era preciso tamizar y organizar presentaban a cada paso problemas de método, de documentación, de estilo y de síntesis que

³ Cita de C. H. Cooley, *Social organization, a study of the larger mind*, 1909, pág. 69.

Pedro Henríquez Ureña superó magistralmente. Quien lea esta *Historia de la cultura en la América hispánica* sin estar informado del estado en que se encontraban estos estudios podría suponer, ante tan claros resúmenes, juicios impecables y panoramas de tan seguro trazo, que los han precedido copiosas investigaciones de otras manos y que el autor no ha tenido otra tarea que la de compendiar lo ya escrito y articularlo en una visión de conjunto. Mas ocurre que cada cifra, cada información y cada juicio debieron buscarse y compulsarse en las más disímiles y variadas fuentes, que cada información es la esencia de prolijos textos y que cada juicio ofrece los resultados últimos de la investigación crítica a que aquella materia se ha sujetado. Y si nada capital que concierna a la cultura de nuestros pueblos, salvo discutibles omisiones, falta en la aireada 165 páginas de este compendio, ello fué posible gracias a los estudios y meditaciones de toda una vida de quien fué desde sus orígenes uno de los hombres más sabios en esta como en otras disciplinas.

Acaso hubiera sido deseable un examen más amplio del arte prehispánico, una información sobre los cronistas de la conquista y colonización — a los que quizá consideró Henríquez Ureña pertenecientes a la cultura de donde procedían antes que a aquella que historiaban—, y aun sería posible señalar, no sin ciertos resabios regionalistas, la ausencia de un juicio sobre la novela mexicana del siglo XIX, ya que no está lejano el día en que se reconozca su originalidad y su valor; pero no por ello dejaríamos de comprender cuánto fué preciso sacrificar en tan ceñida selección y cuántas razones argüiría el autor si aún pudiera explicar el sentido de sus decisiones.

Pero no sólo lecciones metódicas nos depara esta obra. Su lectura nos enseña, además, la riqueza y la continuidad de nuestros esfuerzos culturales y, recordando una expresión de don Enrique Díez-Canedo, la unidad y diversidad de nuestra cultura. Si son visibles las diferencias de crecimiento cultural entre los pueblos hispanoamericanos y si pueden reconocerse los matices que peculiarizan las expresiones de cada uno de ellos, es notoria también la existencia de una red circulatoria que extiende por todos los pueblos de esta América una misma “sangre de Hispania fecunda”. Constituyen esa savia la comunidad de orígenes, la semejanza de los elementos raciales y culturales, la contigüidad geográfica, el paralelismo de los desarrollos políticos, económicos y sociales y el común impulso hacia la superación de una barbarie tan profundamente arraigada en nuestros pueblos como la vocación liberal y su entusiasmo por las empresas del espíritu. Y no queda excluido el Brasil de esta unidad y diversidad de la cultura hispánica. El libro de Henríquez Ureña nos hace comprender que si la evolución histórica y las manifestaciones culturales del Brasil han seguido un ritmo y tienen un carácter que en algunos aspectos se apartan de los peculiares del resto de la América hispánica, existen aún muchos lazos que permiten incluir a la gran nación de lengua portuguesa dentro de una misma entidad cultural.

La edición que de esta *Historia de la cultura en la América hispánica* ha preparado el Fondo de Cultura Económica está enriquecida, para mayor utilidad de los lectores, con una Bibliografía de obras de referencia y con índices onomástico y analítico. En la primera, que ofrece un repertorio fundamental, seleccionado con gran acierto y erudición, advierto en la Sección de México una omisión importante: la *Bibliografía del teatro* ordenada por Francisco Monterde, y erratas en las fechas de publicación de la *Antología del Centenario* —1919 en lugar de 1910— y de la *Evolución política del pueblo mexicano*, cuya primera edición data de 1901 y no de 1880. Por otra parte, en la página 139 se dice que la *Revista Azul* se publicó de 1893 a 1896, anticipando en un año su fecha de aparición. Reparos insignificantes en una obra que en su contenido y en su presentación se distingue por su eficacia y su pulcritud.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ